

caso, porque, a pesar de ello, la intelectualidad argentina de izquierda trató de justificarlo todo en nombre del arte. Borges recordaba esa visita como una invitación de la Universidad de Santiago de Chile para ser nombrado doctor «honoris causa». Y se arrepentía de lo que había dicho entonces, explicando que jamás había entendido de política y que, en todo caso, sus opiniones pesaban mucho menos que las de un cantante de tangos. Y se decía soñador, viejo, poeta e inofensivo.

Fue siempre un humorista provocador. Lo recuerdo en el Colegio de Francia, en París, afirmando que no había un solo buen poeta en la historia de la literatura francesa. Alguien, atónito, le mencionó el nombre de Rimbaud. Con gran serenidad, Borges respondió que bueno, que sí, pero a condición de que no se le mirara de muy cerca. Lo increparon y sin inmuntarse dijo que no era más que un ciego internacional. Sólo pareció perder su buen humor cuando alguien le tocó el tema del escritor comprometido. Fue tajante: «Un escritor comprometida — dijo — es aquel que prefiere la política a la literatura.» Y algún tiempo después, en Buenos Aires, se declaró anarquista, fundamentalmente anarquista. Deseaba un gobierno planetario, con un mínimo de Estado y un máximo de individuo. Pero desgraciadamente el mundo no se encaminaba hacia esa utopía, aunque él no perdía las esperanzas: dentro de mil años, tal vez...

La Argentina no existía. La tuvo que inventar él en su biblioteca universal, poblar ese territorio, tan enorme como vacío, de palabras. Dios era la más grande invención de la literatura fantástica, y el Papa, un funcionario venido de Italia para visitar algunos países de América latina. Citaba mal y de memoria y su erudición era una sapientísima y endemoniada mezcla de humor e imaginación. Y como Borges había inventado a Borges, Borges había dejado hacía mucho tiempo de distinguir entre la realidad y la ficción.

Fue un extraordinario poeta, pero yo prefiero anotar que, sin haber escrito una sola novela, logró ser el escritor más famoso

del mundo, como escritor de cuentos únicamente. Pocos han logrado tanto como él. Debemos agradecerle eternamente que nos haya llamado tanto la atención sin necesidad de escribir novela, reivindicando así ese género tan menospreciado en el mundo del habla hispana y en muchos países latinos. Atención, lectores y editores: siempre ha sido más perfecto un gran cuento que una extraordinaria novela.

Supo amar y fue un extraordinario amigo. Pero no podía con su genio, y, por ejemplo en una ocasión, firmando centenares de libros con su compatriota Ernesto Sábato hizo una pausa y le preguntó: «¿Ché, Ernesto, te imaginas el valor que tendrán algún día los libros nuestros no dedicados?» A veces aparecía en sus ficciones. Tal vez, así se fue formando el Borges de Borges, su máxima creación. Sus entrevistas fueron páginas de su obra literaria y su ceguera nunca fue total. Fue, en todo caso, menor que la de los académicos suecos, que, año tras año, olvidaban sí le habían otorgado aquel famoso premio o no.

Ahora se me ocurre decir que fue nuestro Homero: la misma vena, el mismo cosmos, la misma ceguera.

Con Ribeyro en el ruedo ibérico

Hace ya como quince años de aquella cita en una playa al sur del Portugal, muy cerca de la frontera española. Los Ribeyro me esperaban. Habían alquilado una casa frente al mar y a ella llegué en busca de descanso, sol, y buena charla. Descanso y sol sí que tuve, y tal vez demasiado, pero en cambio sólo tuve una charla y muy larga además porque no entendía portugués y porque me resultaba realmente inexplicable lo que trataba de explicarme el guardián portugués de la casa: los señores Ribeyro se habían marchado al día siguiente de su llegada. Tras haber